

Truhanes

FRANCISCO DÍAZ VALLADARES

Ilustraciones de Ada Sinache





Truhanes

edebé

Francisco Díaz Valladares

Truhanes

edebé

© Francisco Díaz Valladares, 2017

© *Ilustraciones*: Ada Sinache, 2017

© Ed. Cast.: Edebé, 2017

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia

Diseño de la colección: Book & Look

Primera edición: septiembre, 2017

ISBN: 978-84-683-3121-8

Depósito legal: B. 14163-2017

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para Tate y Emi.

Índice

Capítulo uno	9
Capítulo dos	19
Capítulo tres	31
Capítulo cuatro	41
Capítulo cinco	51
Capítulo seis	61
Capítulo siete	69
Capítulo ocho	79
Capítulo nueve	89
Capítulo diez	95
Capítulo once	103
Capítulo doce	109
Capítulo trece	115
Capítulo catorce	123
Capítulo quince	131
Capítulo dieciséis	141
Capítulo diecisiete	147
Capítulo dieciocho	159

Capítulo uno

A principios del siglo XIX, existía a las afueras de Munguía, en el País Vasco, un orfanato llamado «Casa de acogida del Niño Jesús».

Situado en lo alto de una loma y rodeado por una valla muy alta, era un edificio de dos plantas, de color oscuro, con un jardín delantero lleno de árboles entre los que destacaban enormes eucaliptos, frondosos castaños y espigados cipreses. En la parte de atrás había un huerto, un gallinero y unas antiguas caballerizas sin ganado. Una vez al mes, el señor Cipriano, encargado del huerto y de los jardines, regaba con sulfumán una buena parte del exterior de la muralla para

eliminar cualquier clase de hierba o matorral, lo que convertía al edificio en una mole sombría, erigida en mitad de la montaña, sin ninguna clase de vegetación alrededor. Por la noche, cuando el viento soplaba del Oeste, ululaba entre los cipreses emitiendo inquietantes silbidos.

Aquel tétrico lugar era regentado por una avariciosa ricachona del pueblo, doña Virila, más interesada en guardarse gran parte del dinero donado para mantener el centro que en la supuesta obra de caridad en beneficio de las niñas allí acogidas.

Doña Virila era alta y muy delgada. Su piel, pegada a los huesos como un forro de tela, tenía el color azulón de un resucitado. Siempre llevaba un vestido negro abotonado hasta arriba y el cabello recogido en lo alto, de tal modo que desde lejos parecía sostener una cebolla sobre la cabeza. Sus facciones inspiraban respeto y temor. Tenía una nariz parecida al pico de un águila, una barbilla proyectada hacia delante como la

proa de un barco y unos ojos permanentemente enrojecidos que abría de par en par, incluso cuando hablaba de cosas sin importancia, para dar a entender que no admitía réplicas a sus argumentos.

En aquel tiempo había en el orfanato treinta niñas y, según aseguraban las cuidadoras, con el dinero del Gobierno y lo que recogían de las limosnas, solo daba para que comieran veinte. Así que su dieta se componía de una taza de café negro con achicoria y un mendrugo de pan para el desayuno, un plato de lentejas, judías o garbanzos al mediodía y, aunque la mayoría de las noches se iban a la cama con el estómago vacío, algunas veces, les preparaban un plato de agua caliente con sal que pretendían pasar por sopa. «El ayuno alimenta el espíritu», les arengaba la directora. Sin embargo, mientras que las niñas estaban enfermizas y delgadas como fideos, sus cuidadoras rebosaban buena salud y excesiva gordura.

Mucho antes de que amaneciera empezaban los ruidos y los temores: puertas que se abrían y cerraban de un portazo, pasos apresurados por los corredores, el chirriar del carrillo cuando Cipriano, el jardinero, sacaba agua del pozo para fregar los suelos después del desayuno... Las niñas estaban tan desnutridas que la mayoría era incapaz de tirar de la soga para subir el cubo.

Con las primeras luces del alba, aparecía la señora Remedios con un candil de carburo en una mano y una vara en la otra.

—¡Venga, pandilla de gandulas, arriba, a trabajar!

La señora Remedios era enorme, andaba con paso de rinoceronte, y apestaba a puchero corrompido. Al lado de la nariz asomaba una especie de grano, a veces violeta como una berenjena, a veces rojo como un tomate, del que le supuraba un desagradable y repulsivo hilillo amarillento. Cuando regañaba a las niñas y acercaba la cara, ellas tenían que cerrar los ojos para evitar vomitarle encima.

Conforme pasaba por las camas, iba dando varazos a las que aún permanecían acostadas.

—¡Vamos, vamos, vamos! —seguía gritando.

Las niñas se vestían con una saya azulona de algodón y salían corriendo en estampida hacia el comedor donde permanecían de pie hasta que se completaban las mesas y la encargada hacía sonar una campanita de bronce. En ese momento se sentaban y engullían apresuradamente el mendrugo de pan con aquel caldo negro sustituto del café. Cinco minutos más tarde sonaba de nuevo la campana y tenían que dejar el desayuno para volver a levantarse.

Después, empezaban los trabajos: unas a la cocina, otras al huerto del señor Cipriano, algunas a llevar la leña para los fogones, pero quienes peor lo pasaban eran a las que les tocaba estar toda la mañana arrodilladas sobre las desgastadas piedras limpiando los pasillos o las letrinas.

Alba era una de aquellas niñas. Como la mayoría, no sabía quiénes eran sus padres porque había sido abandonada a la puerta del centro un poco después de nacer, sin embargo ella era diferente. Casi nunca hablaba si no la obligaban y, cuando lo hacía, respondía con un monosílabo apenas inteligible. Tenía aspecto enfermizo, cara redonda, ojos negros y grandes, y nariz respingona. Como las demás, llevaba su cabellera negra recogida en dos trencitas laterales. Andaba siempre separada del resto por temor a que la pegaran. Su excesiva fragilidad la convertía en objeto de continuos malos tratos y burlas. Nadie la llamaba por su nombre. «Pata-alambre» era el mote más frecuente, aunque también se dirigían a ella como «la loca» o «la muda». A media mañana, cuando tocaba descanso, o después de la comida, Alba se retiraba a un rincón y se acurrucaba mientras sus compañeras jugaban en el patio.

—¡Pata-alambre, ven!

Cuando Alba escuchaba esas palabras, se ponía inmediatamente de pie y, aunque ya sabía lo que le esperaba, acudía sin dudar. Negarse sería mucho peor. Normalmente la llamaban para jugar al *tizón caliente*: le vendaban los ojos, se arrodillaba con las manos abiertas y, mientras las demás la golpeaban, le preguntaban quién había sido. También la obligaban a jugar a la gallinita ciega o la comba, aunque siempre para dar a la cuerda y nunca para saltar.

Si ocurría algo malo, todas la señalaban como culpable y llegó a tener tal cantidad de castigos acumulados que cada mañana directamente se iba a por el cubo de agua para fregar las letrinas. Tampoco se libraba ningún día de recibir media docena de varazos. A veces la encerraban en una celda del sótano y permanecía el día entero a pan y agua, o aún peor: la dejaban sola y de pie en el patio hasta bien entrada la madrugada pasando frío o calor según la estación.

Alba guardaba silencio ante las adversidades, pero en su interior se forjaba un sueño: poder saltar un día aquel sombrío muro y escapar. Muchas noches soñaba con volar. A veces se convertía en un pájaro, otras en una hoja seca que el viento elevaba y transportaba al otro lado del muro. Una vez soñó que abría los brazos, se transformaba en una cometa y se elevaba, se elevaba, se elevaba y, cuando estaba muy alta, ella misma cortaba la cuerda que la unía a tierra y se perdía en el cielo.

Los domingos, después del desayuno, se lavaban dentro de unas grandes tinas de barro con jabón verde hecho de aceite quemado y sosa cáustica y se enjuagaban la cabeza con agua avinagrada. La señora Remedios pasaba revista a las uñas y a las orejas de cada una de las niñas antes de salir del baño. Ese día cambiaban la saya azulona por una de color hueso y bajaban agarradas de la mano, en fila de a dos, a una ermita situada entre el pueblo y el orfanato

a oír misa. A la salida formaban a ambos lados de la puerta, con la mirada puesta en el suelo y las manos entrelazadas a la altura de la pelvis: tenían que dar lástima para que las señoras emperifolladas y muy bien vestidas que habían asistido a la ceremonia no dudaran en soltar succulentas bolsas de comida y dinero para el hospicio.

Cuando las niñas se hacían mayores, algunas de aquellas señoronas se las llevaban a sus casas para trabajar de criadas recibiendo como salario las sobras de la comida de los señores.

